

PARIS ALEGRE



AÑO I.—NÚM. 3.

LA COPA.

15 DE MAYO DE 1901.

PARIS ALEGRE

Barcelona.



CRÓNICA

El París alegre, el que triunfa, el que gasta, el que se divierte, el verdadero París, ha tenido en estos días un tema único de conversación: los nuevos jaleos judiciales en que la Carolina Otero ha actuado como protagonista y un modisto como clown.

Es una delicia esta muchacha, nacida en un rincón gallego para venir á París á alborotar, á lucir, á dar envidia á todas las mujeres, poner los dientes largos á todos los hombres y llenar con el relato de sus hazañas lo mismo las columnas de los periódicos que las bocas de los desocupados *boulevardiers*. Tiene además el privilegio de que no se mueve una vez que no se sepa y se comente. Ni Boulanger en sus días de gloria.

Aun cuando no lo dijera, mis lectores pueden calcular desde luego la causa ocasional del pleito de que me ocupo aquí, por la razón sencilla de que ha sido el tema de que durante los últimos días se ha ocupado la mayoría de los parisienses. La eterna factura, ese ridículo papelote capaz de quitar el contento y la alegría á la persona más dada á ponerse el mundo por montera y de desvirtuar la elegancia y el *chic* de la *toilette* más caprichosa y aplaudida.

Pero la Otero, como ser superior, piensa de distinto modo y con frecuencia se ve el triste caso de que los mismos sastres, modistos, costureros y demás gente ambigua que al ver entrar por las puertas de su casa á la bella española tiemblan de regocijo ante la *reclame* que para ellos significa esta visita, por la miseria de unos cuantos miles de francos de más ó de menos, no tienen inconveniente en llevarla ante los severos jueces, para que éstos decidan si una camisa de gasa transparente «de color de malva rociada por las brisas de Mayo» vale tanto como un libro de Paul Bourget, una crítica de Armand Silvestre ó un cuadro de Domingo.

Muchas veces la Otero no niega que el valor de tal ó cual camisa, de tales ó cuales chambras ó corsés, sea el que el fabricante le señala; lo que afirma es que no la sientan bien semejantes prendas y que en consecuencia se considera libre de abonar su importe.

Y al llegar á este punto, los jueces, ruborizados y todo, sí que tropiezan con un verdadero conflicto, un caso imprevisto que no habría modo de resolverlo más que con un peritaje ó una inspección ocular. ¿Cómo arreglarse? ¿Decir á la Otero que se pruebe las camisas ante el tribunal en pleno? Algunos de los severos magistrados bien lo quisieran y hasta tengo entendido, (no podría asegurarlo) que han hecho indicaciones al

Presidente en este sentido, é indudablemente sería el camino más corto y seguro para llegar á obtener un resultado satisfactorio. Pero con semejante prueba ¿no padecería la reputación de la bailarina? Además, hoy la fotografía está al alcance de todas las fortunas y nada respeta, y los aficionados á las instantáneas, lo mismo se meten en una parte que en otra y podrían sorprender interioridades que no deben saber más que unos cuantos predilectos.

Quedaba el recurso de hacer la prueba á puerta cerrada; pero entonces es casi seguro que las reputaciones que hubieran padecido habrían sido las de los magistrados, y lo que se iba ganando por una parte se perdía por otra y siempre resultaría una víctima. Ya con este convencimiento, ¿por qué no elegir como á tal al modisto que además de lucrarse con la popularidad que adquiere vistiendo á la Otero, y de ponerla en evidencia ante los tribunales, tiene aún la avilantez de querer cobrar unas camisas que por muy transparentes que sean, la interesada jura y porfía que no se amoldan bien á sus deliciosos encantos?

A la hora en que escribo esta correspondencia, la vista de la causa está concluida para sentencia y ésta aun la ignora; pero todo amante de las buenas formas debe pedir y desear que el modisto sea quien pague los vidrios rotos, para que otra vez aprenda, por lo pronto, á no faltar á las señoras y por lo menos á cortar unas camisas con todas las reglas del arte parisién.

El séptimo tribunal, que es donde las camisas, digo, el asunto se ventila, me consta que está perplejo, y los «señores del margen», como llaman en España á los magistrados, están hace unas cuantas noches sin dormir, soñando con la Otero, lo cual, después de todo, no deja de ser agradable, y con un modisto, lo que no debe ser ya tanto, y preguntando medio en sueños á sus respectivas mujeres:

—Oye, hija mía... ¿es verdad que ya no están de moda los escotes redondos en las camisas?

Aunque otro asunto de actualidad ha sido la visita á esta capital de los Príncipes de Asturias, no les creo á los lectores de PARÍS ALEGRE tan apasionados de las instituciones que prefieran saber lo que por aquí han hecho estos novios, á que les cuente que he visitado á otra española muy guapa ella, recién salida del horno barcelonés y que aquí ha llegado con las de Caín. No sé si como el personaje del Tenorio, Nieves Gil, que así se llama esta flamante artista, aun cuando no es Zorri-lla en lo tocante á la versificación, habrá traído escrito su cartel de desafío; pero si no lo ha hecho, con decir:

No busca más que *parneses*,
contratas con las empresas,
hacer coco á las francesas
y á embobar á los franceses

ya tiene redactado su plan de campaña, que la deseo sea todo lo fructífera que merece, aun cuando no sea más que por su gracia y *tal*, como verán los lectores por el retrato que adjunto y que puede publicar V. señor Director, en la correspondiente sección teatral. Es una mujer de *buten*, según me han dicho (no sé á qué provincia pertenece *buten*) y que ha de quitar muchos moños, y que el mejor ó peor día la veremos discutiendo ante un tribunal el precio y las hechuras de otras camisas, también transparentes, aunque de color de «malva rociada por las brisas de Junio ó Julio».

CONDE VIOLET.

Telegrama urgente.—Sr. Director de PARÍS ALEGRE.
París-7-18.

Acabo de saber que el pleito de la bella Otero se ha fallado ya á su favor.

Por si esto era poco, el tribunal ha decretado que el modisto no sólo no cobre la cuenta que exigía, sino que debe restituirla nueve billetes de 1.000 francos y unos encajes valiosísimos.

Lleno de alegría, no puedo por menos de exclamar: ¡Vivan las camisas transparentes! —VIOLET.

UN GATITO DE MADRID

Conoci hace cuatro ó cinco años en Niza á Juana Penny, la más bella, la más adorable y la más sandunguera de las muchachas con quienes he tropezado en este pícaro mundo. Vestía con elegancia y coquetería, bailaba como una sílfide, hablaba como un ruiseñor y... se jugaba al baccarat hasta las recortaduras de las uñas sonrosadas. Con tan poderosos alicientes, me parece excusado añadir que la tal Juanita traía al retortero á todos los ingleses, franceses, yankis y españoles que disfrutaban en Niza de su eterno primavera. Decir que yo no caí en el anzuelo de sus encantos, sería faltar abiertamente al octavo mandamiento; pero tampoco debo ocultar que sus cualidades morales, á pesar de todo, fueron las que hicieron inclinar en su favor la balanza de mi pasión. Entre aquéllas descollaba en primero y principal término su cariño por los irracionales y especialmente por los gatos, lo cual le valió que en cierta ocasión unos cuantos desechados le gastasen la bromita de enviarle un pergamino concediéndole el título de «La amiga de los gatos» y autorizada por una supuesta Sociedad protectora de animales y de plantas.

Yo desde luego pensé que quien tan excelente corazón demostraba con los felinos, no podía ser cruel con los hombres y, como digo, me enamoré de ella con esa candorosa que se enamora el hombre una sola vez en su vida.

No podría asegurar si fueron mis palabras de miel ó los repetidos pagos que hice de sus cuentas modistiles las que le inclinaron á corresponder á mis amorosas ansias; pero lo cierto y verdadero fué que durante una buena temporada fuí la envidia de cuantos se pirrabán por los favores y aun á veces por sólo las sonrisas de aquella beldad exótica.

Mas nunca la dicha es completa y su decidida pasión por los gatos me ocasionaba sinsabores que no podía disimular. Al fin y al cabo, no era yo el único en disfrutar de sus caricias, sus mimos y sus halagos.

—¡Tonto! —me decía ella.—No te enfades por tan poca cosa. Es un rival que no puede resultar más inocente. ¿Qué daño te hace? ¿Ni siquiera araña!...

Y como queriéndome demostrar la compatibilidad del amante y del gato, alternaba sus sonoros besos con mi boca y el hocico del morrongo.

Fuimos felices una temporada y á nuestra felicidad, á lo menos á la mía, puso término el viaje que ella tuvo que realizar á Madrid, para asuntos particulares, según me decía. Y allí se marchó, dejándome sumido en una verdadera tristeza que apenas si podían disipar mis restantes amigos y amigas.

La despedida fué tierna y apasionada, jurándonos amor y fidelidad eternas, prometiendo yo el seguir remitiéndola mensualmente un cheque que aliviara las cajas del Crédito Lyonés y á ella la proporcionara un cómodo bienestar, y Juanita ofreciéndose á ser formal y seria y no darme más rivales en su corazón que su gatito inseparable. ¡Todo fuera por Dios!

El servicio de correos parecía haberse establecido exclusivamente para comunicarnos á nosotros, y en honor de aquél puedo declarar que jamás dejaron nuestras cartas de llegar á poder de los destinatarios.

Las de Juanita destilaban almíbar y en todas ellas, al lado de las protestas de cariño, añadía:

«Tengo entre mis brazos á mi gatito. No temas.»

O bien: «Hago una vida muy recogida: no me separo de mi adorado gato.»

Otras veces escribía: «Ni para dormir me separo de mi gato. ¡Bonito genio tiene él para tolerar ingerencias extrañas!»

Algunas agregaba: «Mi gato es lo único que me consuela de tu ausencia. Estando á su lado soy feliz. ¡Ya ves si soy buenecita!...»

Tan repetidas pruebas de cariño me decidieron á abandonar á Niza por aquel año y á acudir á la corte de España, donde me aguardaba aquel tesoro de ternura, loco, febril, impaciente, más enamorado que nunca y deseando estrechar

entre mis brazos aquel querubín.

Me parece inútil decir á ustedes que mi primer paso fué el ir á ver á Juanita.

¡Nunca lo hubiera hecho! El mundo se me vino encima, pues al momento averigüé que el gato de que siempre me hablaba no era el que yo le había conocido en Niza, sino un sargento de caballería, nacido en el barrio de Layapiés, con mostachos como cepillos y un olor espantoso á aguardiente. ¡Un verdadero gato de Madrid!...

L. P.





CAPÍTULO DE NOVELA

El Conde de Torre Vieja era, además de un novelista famoso, un hombre de suerte. A tantas como veía, á tantas amaba y, lo que es más grave, con arte exquisito y habilidad incomprensible hacía vivir bajo un mismo techo en perfecta armonía, como viven, sin celos ni pesares, las mujeres del serrallo: convencidas y satisfechas y aun contentas con su suerte. Al Conde, pues, no le faltaba nada para ser feliz en la tierra, pues llegó á reunir en torno suyo hasta cuatro ó cinco de sus conquistas.

Cierto día el harén se insurreccionó de un modo pacífico, como hacen los que comprenden sus intereses, y por una causa justa, como debe ser siempre. Las pobrecitas y voluntarias reclusas en el hotel aristocrático y confortable del escritor, querían saber de labios de su viejo sultán lo que el amor pudiera ser, á su juicio.

El Conde prometió acceder á tan natural y legítimo deseo, diciéndolas:

—Vuestra pregunta y mi contestación serán el párrafo más interesante de mi próximo libro. El os sacará de dudas respecto á mi modo de pensar en tan intrincado asunto. La que quiera saberlo que lo lea y *pax vobis*.

Desde entonces las amantes del novelista no dejaban pasar día sin revolverle los papeles, buscando el capítulo de la novela que tanto ambicionaban conocer. Sabían que su protector era hombre de talento y, como tal, su

opinión habría sin duda de ilustrarlas para el porvenir.

Teresa, la más vivaracha y decidida de todas las comanditarias para el usufructo de las caricias y el dinero de Torre Vieja, tropezó por fin con el original ansiado. A leerlo iba ansiosamente, tendida en una magnífica *chaise-longue*, cuando Margarita la sorprendió por detrás, tapándola los ojos con sus manitas perfumadas. Teresa la gritó:—¡No seas tonta! ¡Te conozco en el olor! ¿No eres Margarita?—Esta, dándose desde luego por descubierta, se limitó á preguntar:

—¿Quién se te declara hoy?

—Nadie.... Es que por fin he encontrado el manuscrito de nuestro cochino abuelo.

—¿Cómo?... ¿Dónde estaba?

—Debí escribirlo anoche mismo.... Mira, todavía parece que está fresca la tinta.

—Lee, lee.

Y Teresa, sin hacerse rogar más, abrazada á su compañera como dos colegialas que no quisieran que la maestra se enterara de sus secretillos, leyó lo siguiente:

«CAPÍTULO XV

» Fernando no pudo un momento más resistir á los deseos y súplicas de sus amigas, y cogiéndolas amorosamente por el talle y acercando su boca hasta las mismas

caras de las jovencitas, rozándolas las guías de sus bigotes por sus cutis aterciopelados, las dijo:

..... Venid, hermosas mías, y aquí en secreto, al oído, sin que nadie más que vosotras se entere, os diré cuanto sobre el asunto que deseáis saber he podido aprender en mi paso por el mundo á fuerza de desilusiones que me han hecho mirar con recelo todo, y de contratiempos que me han maltrecho el alma y el cuerpo.

Aquí, lejos de todo y de todos, os haré la confesión que deseáis y mis palabras, como rocío de Abril, irán cayendo sobre vuestras orejitas que parecen pétalos sonrosados de tempranas flores de Alejandría.

He leído en los libros de los literatos, en los versos de los poetas, en los tomos de los filósofos, definiciones múltiples del amor, y puedo deciros aquí, en confianza, sin que nadie me oiga, que ninguna me ha dejado satisfecho.

Queriendo saber lo que el amor sea y no bastándome lo definido por los demás, he querido experimentarlo por mí mismo, como el sabio que metido en su laboratorio, el afán de acumular ciencia y sentirla y empaparse de ella, le lleva á inocularse los virus más temibles para poder prácticamente experimentar sus efectos. Ningún filósofo, ningún literato, ningún poeta que no haya sentido el fuego de una pasión por una mujer, podrá jamás acertar con su definición exacta. Por eso hay tanta frialdad en cuanto he leído y estudiado..... ¡sus autores no han debido amar!..... Felices ellos como hombres; desgraciados como artistas..... Vosotras, sin querer, sois las dueñas absolutas de mi corazón y de mis sentidos, y eso que por vosotras he padecido, llorado y encanecido. Pero no importa: todo es placer, y los anacoretas llegan á gozar materialmente torturando su carne con los cilicios, tanto como gozan con el espíritu contemplando el cielo azul en el que confían tener pronto un puesto de honor. Todo es el poder de la ilusión.....

Me preguntáis lo que es amor..... No creáis adoradas mías, lo que los chinos aseguran, ofuscados por su opio;

ni lo que los árabes pregonan, saturados de café; ni los Santos Padres predicar con su misticismo cristiano. Todos os engañan: unos lo sueñan, otros lo desprecian, los demás lo presienten..... Son todos testigos de menor excepción.

Una misma persona, cuando ama y es correspondida, asegura que el amor es el supremo bien y la dicha suprema; pero al menor contratiempo ó desengaño menor, se desilusiona y os afirma que el amor es un vocablo hueco y sin sentido. Todo es subjetivismo puro ó impuro, hablando con mayor propiedad.

Yo, que por lo mismo que conozco y lamento tanta disparidad de criterio he procurado huir de la rutina y me siento estadista, poeta, filósofo, amante y anacoreta, todo á la vez, os declararé, amadas mías, que á mi juicio, el amor es algo así como la solitaria, ¡que no se sabe que se tiene, hasta que se tiene dentro!..... »

Una carcajada formidable coronó la lectura del párrafo, y cuando el novelista penetró en su harén, todavía pudo saborear el éxito de su obra, al ver á Margarita y Teresa revolcarse sobre la otomana, con toda la impudicia de sus costumbres unida á una alegría infantil, encantadora.





POR TABLA

La amistad de Alfredo y de León era de las más íntimas. Casi puede decirse que vivían el uno para el otro. Eran dos camaradas inseparables, dos hermanos siameses de la amistad.

Cuando viajaban, iban siempre lado á lado; y en los cafés, en las fondas, en los teatros veíaseles constantemente juntos.

Jóvenes y ricos, aficionados á los placeres del amor, lo mismo que se partían los asientos y comían de los mismos manjares, tomaron por objeto único de su pasión ardiente á una joven viuda de rozagantes formas y ojos tentadores.

Alfredo estaba casi entusiasmado con los atractivos de la viudita, y ella extremaba sus seducciones y envidaba á entrambos amigos, pero con ganas de que León aceptase el juego.

No era natural, sin embargo, que la joven entrase en las condiciones de comunidad que unían á los dos camaradas; y así no es de admirar que prefiriese las mentidas protestas de León á los verdaderos transportes de Alfredo, siquiera por no desmentir las leyes que rigen «el eterno femenino».

A la verdad, no era muy leal la conducta de León al dejarse amar sin participación y á espaldas de su

amigo íntimo; pero el amor excusa muchos actos reprobables.

Fuera de esto, es lo cierto que la joven viuda empezaba á cansarse de llevar la contabilidad de su corazón por partida doble. Y aprovechándose del resto de buena educación que reservaba todavía, decidió normalizar la situación por medio de una unión legítima con uno de ambos aspirantes, jurándose á sí misma que haría todo lo posible para guardar fidelidad al que le tocase por esposo.

Al efecto, convocó á los inseparables, y les habló en esta forma:

— Amigos míos, la constancia de vuestro afecto me entenece en alto grado; me conmueve tanto como me honra...; pero, ya comprenderéis que una mujer en mi posición no puede á los ojos del mundo, inclinado siempre á la maledicencia, eternizar una situación ambigua como la mía al recibir los homenajes de dos hombres galantes... Me veo, pues, obligada á no recibir de hoy en adelante sino á aquel de ambos que consienta en galantearme con legítimos fines...

— Pedimos plazo para reflexionar — dijeron á la vez y como si entonasen un coro ambos amigos.

— Está bien; la objeción es muy justa — dijo con aquiescencia la preopinante.

La verdad es que ni León ni Alfredo habían pensado nunca en una intimación semejante.

Dirigieronse, pues, á una cervecería apartada de todo bullicio, no tanto para saborear el aperitivo como para tomar la determinación que hacía al caso.

Y de común acuerdo decidieron encomendar el asunto al arbitrio de la suerte, pues la conclusión matrimonial de su novela no les seducía sino á medias. León tomó dos trocitos de papel de iguales dimensiones, escribió algo en ellos, los rolló é introdujo en el sombrero, y agitándolo lo presentó á Alfredo, el cual metió temblando la mano en el fondo de aquella urna falaz y retiró uno de los dos papelitos.

— Me ha tocado á mí — dijo sin entusiasmo.

— Seré padrino de tu boda — replicó León á guisa de consuelo.

Pues que así lo decidió la suerte, tomóse Alfredo de veras su papel de novio, le fué cobrando afición al juego y enamoróse por fin hasta las cachas de la hermosa viuda... Lo cual no significa que León renunciase á sus visitas en casa de la futura de su amigo, pues ya hemos visto que la lealtad en determinados asuntos no era su fuerte; y esto nos trae á la memoria la tupinada que practicó en el escrutinio decisorio del porvenir de ambos pretendientes, al escribir sólo el nombre de Alfredo en ambos boletines, de manera que no pudiese éste escaparse de entrar en la «cofradía».

El matrimonio celebróse con gran pompa en una iglesia aristocrática.

León hizo las delicias de la ceremonia y del banquete que reunió á parientes é invitados.

Alfredo estaba radiante de felicidad; la joven viuda nuevamente desposada, tomando por vez segunda en serio su papel, parecía también transportada de gozo.

Los primeros días de este enlace constituyeron una

luna de miel inefable, que León, casi conmovido, no osó turbar por entonces. Cierto es, por otra parte, que cuando un día se atrevió á buscar el pie de la señora de Alfredo por debajo de la mesa, aquélla le dirigió una mirada feroz que á las claras revelaba su enojo, y cuando tuvo ocasión de inquirir el motivo de rigor tan desusado, contestóle ella con bastante severidad que su intención era permanecer fiel á su marido.

León le replicó con su tono chancero:

— ¡Ya os pasará!

Los ardores de Alfredo iban sin embargo calmándose lentamente, y de fogoso amante que era en los primeros tiempos del matrimonio, tornábase marido un si es no es friolero.

Advirtiéndolo su mujer naturalmente y se mostró en extremo contrariada de ese enfriamiento paulatino, no porque echase muy á menos la frecuencia de anteriores escarceos, sino porque observó que la disminución de obsequios guardaba relación directa con el menguante de pasión de su esposo.

Entregada á sombrías cavilaciones sorprendióla León un día en que estaba sola. Con ojo sagaz de cazador ladino, que de momento se da cuenta de las situaciones favorables, vió por fin llegada la ocasión de tender sus redes.

— Amiga mía — le dijo bruscamente, — observo en vos inequívocas señales de fastidio; no lo neguéis.

— No... creedme que no es cierto — respondió la interpelada. — ¿De dónde sacáis que yo me fastidie?

— Os conozco demasiado para equivocarme... Alfredo se olvida de vos.

— ¿Qué decís, León? ¿Podéis suponer?...

— Afirmo que andáis escasa de amor y de dinero.

— ¡León, por Dios!

— ¡Ah! ¿por qué me rechazasteis últimamente? ¿Por qué no quisisteis continuar por el camino antiguamente emprendido, para el cual no era obstáculo el sagrado vínculo del matrimonio?... No experimentaríais hoy estas ridículas desazones... Me tendríais aquí á mí... á vuestro amigo, partícipe de vuestras penas... Veamos: ¿es falta de dinero lo que causa vuestro pesar en ese instante? ¿Cuánto necesitáis?

— Pues bien, sí, estoy triste porque no tengo nada que ponerme... dos vestidos apenas por semana... Tengo encargado uno de trescientos francos, y no me atrevo á pedírselos á Alfredo!

— ¡Trescientos francos!... ¿No necesitáis más que trescientos francos?... ¿Cuándo queréis que os los traiga? ¿Mañana? Corriente. Alfredo va á la Bolsa á la una y media; yo estaré aquí á las dos...

— ¡Qué decís, León?... ¡imposible! Quiero guardarle fidelidad á pesar de todo.

— ¡Ca! No puede ser.

La noche misma, fumando un cigarro, León se acercó á Alfredo con aire misterioso, y cogiéndole por las solapas de su pardesú, le dijo á quemarropa:

— Querido, tengo absoluta necesidad de trescientos francos: ¿puedes prestármelos en seguida? Te los devolveré mañana á las tres.

— No hay inconveniente; ahí van... ¿Dónde pienas devolvérmelos, en mi casa ó en la Bolsa?

— En tu casa.

Al día siguiente, León fué á visitar á la esposa de Alfredo en ausencia de éste, y dejó en su mano los trescientos francos bajo un perfumado sobre.

En la alcoba contigua, como una tentación, divisábase el mullido lecho...

Satisfecho de su maniobra, cuyo éxito había superado sus deseos, el artero consolador juzgó prudente no detenerse en el lugar de la victoria, y despidióse de su víctima con cualquier pretexto.

En la escalera encontró á Alfredo.

— Salgo de tu casa — le dijo audazmente — apremiado por un asunto de mucha urgencia: no he podido aguardarte... pero le he dejado los trescientos francos á tu mujer.

— Está bien — contestó Alfredo; — no te detengas.

Cuando éste entró en el piso, su esposa estaba ya casi repuesta de la emoción experimentada poco rato antes. Recibióle con encantadora sonrisa; pero ésta se trocó pronto en un gesto de estupefacción, cuando él le dijo lo más sencillamente del mundo:

— ¿León ha estado aquí?

— Acaba de marcharse.

— ¿Te ha dejado trescientos francos?

— Sí — respondió ella con máximo estupor.

— ¿Dónde están?

— Allí... sobre la mesa... en la cartera.

Y al ver que su marido se embolsaba tranquilamente los tres billetes, al darse cuenta de la artimaña de que ambos eran víctimas, aunque él ni remotamente podía sospecharlo, murmuró enfurecida, disimulando á duras penas la rabia que le había invadido todas las potencias:

— ¡¡Habráse visto cochino!!

EDMUNDO CHAR.





CHITSS!!!

La niña se va á la cama
Y oigo que me dice «chitss!!»

¿Es que me manda callar,
Ó es que me manda venir?



PEPA PIERANTONI.

Esta es Pepa Pierantoni,
Belleza napolitana.

¡Y hay por Nápoles *algunos*
que no saben apreciarla!



EL MATRIMONIO

Lili era una niña adorable, con sus cabellos rubios desmelenados, sus grandes ojos llenos de puntos interrogantes y su fisonomía cándida á la vez que traviesa. ¡Cuántas veces algún sexagenario, enternecido, la había detenido en los Campos Elíseos para abrazarla!

—No me gustan esos señores viejos— decía Lili tolerando impacientemente aquellas caricias; pero se resignaba por fin pensando que era inevitable tributo pagado á su hermosura.

Y en verdad que la niña era encantadora y precoz en extremo, á tal punto que la marquesa de Prestavères se veía muchas veces en el caso de llamar con rápida mirada al orden al marqués su esposo cuando éste refería alguna escabrosa historia del círculo, historia que Lili escuchaba convertida toda en oídos, tratando de comprenderla, sobreexcitada por no sé qué depravación instintiva.

A Margarita, su hermana mayor, Gri-Gri, como la llamaba, esbelta joven de diez y ocho años, delicada, rubia, que parecía una Aurora de Guido, ó una Ninfa de Carrache, le dirigía siempre preguntas á cual más indiscretas, y se llenaba de admiración cuando Margarita, contemplándola con mirada límpida cuyo azul jamás había enturbiado un mal pensamiento, le respondía:

— ¡Por Dios, Lili, qué preguntas me haces!... No sé... ¿De dónde sacas esas ideas?

¿De dónde las sacaba? De todas partes. Hacía repertorio de ellas atando cabos de conversaciones oídas en la mesa, hojeando periódicos ilustrados en el salón, escuchando las murmuraciones, dicharachos y chocarrerías de los criados, con la imaginación siempre despierta, avizor el ojo, tejiendo en su mente mil extravagancias y formándose una educación incoherente, cuyas lagunas reemplazaban las suposiciones y la intuición personal, educación en la cual abundaban naturalmente las soluciones de continuidad, pero que al mismo tiempo sorprendía por sus salidas y deducciones inesperadas, que muchas veces hacían desternillar de risa al paso que inquietaban el ánimo, pensando qué viborilla se escondía bajo las flores de aquellas doce primaveras.

¿Qué sucedería, pues, cuando supo que su hermana Margarita se casaba, cuando una noche vió presentar en el gran salón á un apuesto teniente de dragones, el vizconde de Chabert, al cual se le permitió desde entonces hablar á solas con Margarita, á cuyo lado se sentaba, retirándose siempre al más apartado ángulo de la estancia? Lili se colocaba á distancia, disimulándose detrás de una silla ó de un biombo, no perdiendo ni un gesto ni una actitud de la joven pareja, y si alguna vez el oficial, sobreexcitado por la presencia de la maravillosa criatura que ante sí tenía, se permitía alguna libertad, algún rozamiento de dedos, ó se inclinaba para decir un secretito junto á una oreja rosada y fina, la fisonomía de Lili se iluminaba, y hubiera dado su más preciosa muñeca para oír lo que el teniente le había dicho á Margarita. Apenas aquél partía, faltábale tiempo á Lili para preguntar á su hermana:

— ¿Me lo dirás, Gri-Gri?... ¡Anda! ¿Qué te contaba esta noche el vizconde?

Pero Margarita, advertida ya por la marquesa de Prestavères, respondía con dignidad:

— Me contaba cosas que no importan á las niñas.

— Pero... ¿qué cosas?

— Cosas referentes al matrimonio.

— ¿Y qué es el matrimonio?

— Ah! eres muy enfadosa. Vé y pregúntaselo á mamá.

Y Lili, sin desanimarse, se iba recta al cuarto de la marquesa para poner en limpio todas sus dudas.

— Mamá, he de preguntarte una cosa...

— ¿Qué es, niña?

— Quisiera saber qué es el matrimonio.

La marquesa se quedó de pronto sorprendida, sin saber qué responder.

Pero Lili, mirándola con sus ojos claros en que brillaba el ansia de una curiosidad hidrópica, persistía:

— ¡Anda, mamá, dímelo! ¿Verdad que me dirás qué es el matrimonio?

E insistía con la tenacidad molesta del moscardón que zumba sin cesar en los oídos su canción lancinante y monótona; y tanto llegó á marear levantando el tono de su vocecilla melosa, que el señor de Prestavères, imposibilitado de prestar atención á sus cálcu-

los financieros en la estancia inmediata, gritó de pronto, presentándose:

— ¡Voto al chapiro, Lili! ¡Vas á callarte!

— ¡Yo quiero saber qué es el matrimonio!, sí... sí!

— ¡El matrimonio! Lo sabrás en seguida.

Y el marqués, sin reparar en la alegría que sus palabras causaron á la niña, descolgó de la pared unas lindas disciplinas con mango de ébano, tomó á Lili sobre sus rodillas, levantóle las faldas, y á pesar de sus indignadas protestas, le administró una azotaina en toda regla. Luego le dijo gravemente:

— Ya sabes lo que es el matrimonio. ¡Y cuidado con volver á romperme los oídos!

Algo dolorida, pero contenta en el fondo por la revelación que le había hecho papá, que no mentía jamás y era en su concepto el hombre más sabio del mundo, Lili se dirigió á su cuarto con singular gravedad, y desde ese día, lejos de envidiar á su hermana, la tuvo una conmiseración profunda. Ya podía el hermoso vizconde de Chabert, resplandeciente con su dolman lleno de galones de oro, mostrarse cada noche más y más tierno y apasionado; Lili no envidiaba la suerte de su hermana y ya no la interesaban aquellas secretas expansiones cuyo epílogo debía ser una formidable zorra. Así pues, llegaría un día en que ese oficial tan cariñoso y zalamero, tomaría á la pobre Gri-Gri sobre sus rodillas, como lo había hecho el marqués con ella, levantaría las faldas de la hermosa rubia, y las disciplinas jaspearían las rosadas carnes de su hermana. ¿No era espantoso esto? A esta sola idea, los ojos de Lili anegábanse en lágrimas.

Llegó por fin el gran día; un banquete de veinticinco cubiertos reunió á las familias de Prestavères y de Chabert. La comida fué cordial, algo solemne tal vez, como suele serlo todo acto precursor de graves acontecimientos, y Lili, ansiosa, preocupada, al llegar á los postres, rechazó aun los dulces garapiñados, por los que siempre se volvía loca.

El mariscal duque de Arcole, tío del novio, se levantó, y en términos dignos recordando las glorias de los antepasados, brindó como viejo guerrero por la felicidad de los nuevos esposos.

Contestaron á ese brindis los demás convidados chocando los vasos rebosantes del espumoso líquido, y, como acontece siempre cuando se les vacía á la redonda, hubo un instante de silencio antes que las conversaciones particulares se reanudasen en torno de la mesa.

Y en medio de este silencio, se oyó de pronto la voz de Lili que dijo:

— ¿Decididamente, mañana es el matrimonio?

— Es claro — respondió la marquesa de Prestavères. — ¿Por ventura no lo sabes?

Entonces Lili, anegada en lágrimas, pronunció en alta voz estas frases que estallaron como un trueno entre los comensales estupefactos:

— ¡Mañana el matrimonio! ¡Ah, pobre Gri-Gri, ya puedes preparar el trasero...!

RICARDO O'MONROY.

LA PULGA

SONETO

Picó atrevido un átomo viviente
Los blancos pechos de Leonor hermosa,
Granate en perlas, arador en rosa,
Breve lunar del invisible diente.

Ella dos puntas de marfil luciente
Con súbita inquietud bañó quejosa,
Y torciendo su vida bulliciosa
En un castigo dos venganzas siente.

Al expirar la pulga dijo: — ¡Ay triste!
¡Por tan pequeño mal, dolor tan fuerte!

— ¡Oh pulga (dije yo) dichosa fuiste!

Detén el alma, y á Leonor advierte
Que me deje picar donde estuviste,
Y trocaré mi vida con tu muerte.

LIC. TOMÉ DE BURGUILLOS.

EPIGRAMAS

— ¿Por qué, si es de talla escasa,
Tanto quieres á Ventura? —

Preguntó á su amiga Pura
La coquetuela Tomasa.

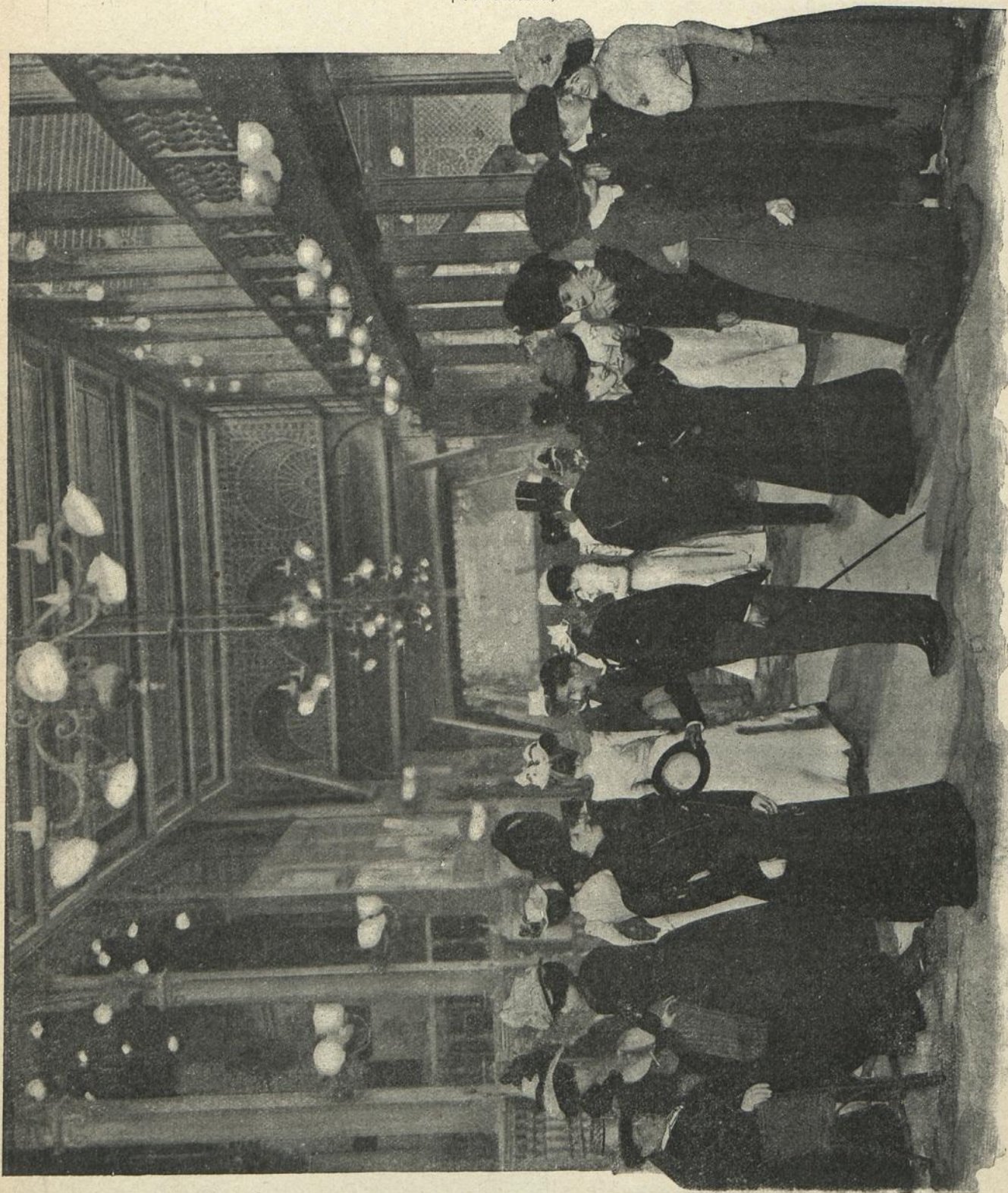
Y Pura le contestó
Con sin igual desparpajo:
— Aunque parece tan bajo,
Tiene un dedo más que yo.

— ¡Adiós, Julia! — ¡Adiós, Fernando!
¿Qué tal va? — Vamos viviendo.
¿Y tú, chica? — Voy tirando.
De día, por aquí me ando,
Y por la noche, me tiendo.



LOS PLACERES DE PARIS

MOULIN-ROUGE

(Conclusión)

EL «FOYER» DEL MOULIN-ROUGE

El Moulin-Rouge no es tan sólo un sitio de placer, de exquisitas locuras y de alegre expansión; es tam-

bién y más que todo un lugar de buena sociedad que los artistas, y no los ínfimos, frecuentan asiduamente.

En el «Foyer» resuenan todas las noches las conversaciones más amenas y las más sabrosas pláticas.

En este rincón — pasando por alto lo injusto de la frase — se reúnen los artistas, poetas, pintores, escultores, grabadores y cancioneros del cerro de Montmartre.

Allí acuden por la tarde las hechiceras modelos de los pintores de fama, los alumnos de la Escuela de Bellas Artes y los de los grandes talleres del barrio.

Entre las diez y la media noche los artistas más reputados no se desdennan de ir á charlar allí de su juventud y de sus aventuras amorosas.

Entre los contertulios figuran á menudo el célebre

pianista R. de M., el pintor P... á quien la presidencia del Jurado del Salón no le impide continuar sus croquis al vivo; los poetas Durocher, Boukay, Privas, Varney; los dibujantes O'Galop, Emilio Colh, el discípulo de Andrés Gill, y otros y otros, no tan conocidos ó más célebres: ¡qué importa!

En el «Foyer» del Moulin-Rouge, todo París, el París literario y artístico, se da cita. En cinco minutos se deshace una celebridad y se crea una gloria. Pero esto no tiene más que una importancia relativa, en medio de la música, de las flores y de las mujeres... ¿La realidad trivialísima, representa acaso algo cuando el espíritu vaga entre rosados ensueños...?

LA DANZA DEL VIENTRE EN EL MOULIN-ROUGE

Una de las sugerencias más atractivas del alegre Moulin-Rouge, es sin disputa la Danza del Vientre ejecutada por legítimas orientales de Turquía, de Egipto y de Persia.

La Danza del Vientre no es una frase adecuada del todo. Más exacto sería decir las Danzas de los Vientres.

En efecto, bajo el ritmo pañidero y lento de la música argelina, las mujeres de Alejandría, de Túnez y de Estambul ejecutan sus posturas lascivas é indolentes que hacen soñar en el Paraíso de Mahoma con sus huríes y sus bayaderas.

De las nueve hasta las doce, todas las noches, creérase uno transportado á los harenes orientales. Las almeas; tan seductoras y provocativas en sus danzas sensuales, muestran paulatinamente á los visitantes los bailes característicos de sus respectivos países.

El Paso de los Pañuelos, la Danza de los Huevos, el Paso del Sable y tantos otros sucedáneos de esas danzas sugestivas, revelan á los profanos por qué sortilegios y por qué medios las hechiceras mujeres de Oriente saben dar vida al inmutable Deseo en el corazón del espectador más rehacio á los devaneos amorosos.

Entre la *troupe* tan maravillosamente escogida, hay que hacer mención de Selika, una odalisca escapada — dice la leyenda — de un harén de Constantinopla después de haber dado de puñaladas á un gran visir muy bruto.

Preguntad á Raoudja, la de ojos de gacela, lo que piensa de París y de sus atracciones; en seguida su profunda mirada se dirigirá hacia la Meca, y, en una imprecación árabe, pensará en el Muffti que recita versículos del Corán á la multitud de fieles prosternados en medio de las calles de Fez, de Mequinez ó del Cuerno de oro.

Sara la Encantadora, la hermosa circasiana de rasgados ojos, honesta á lo que parece como una imagen, no deja de provocar asimismo la admiración con su trabajo.

Grande y fuerte, hermosísima en toda la acepción de la palabra, es en verdad la apoteosis de la belleza en todo su esplendor.

¡Cuántos adoradores no han perdido el tiempo y quemado incienso en vano ante la inmutable frialdad de la hermosa extranjera!

A pesar de las fantásticas promesas y de las ofertas de diamantes maravillosos, Sara se ha negado constantemente á vender su cuerpo.

¿Qué musulmán tendrá la dicha de estrechar entre sus amorosos brazos á esa encantadora joven?

Ved á Toralba, hija de un chalan del Cairo, favorita de un sultán del Asia menor, arrebatada por el amor tras novelesca aventura al afecto de su Señor y dueño.

Y, por fin, Féridjé la persa, la que, según dicen, no ignora ningún misterio de la corte del Shah, gracias á sus intimidades con una personalidad casi real.





Otras bailarinas además, y no de las menos seductoras, cuyos nombres no acuden en este momento á nuestra memoria, ofrecen cada una de por sí un sello particular en la ejecución de sus graciosas danzas orientales.

Estas son, como hemos dicho, uno de los principales atractivos del Moulin-Rouge.

* * *

Una observación muy lisonjera para la empresa de este lugar de recreo, la hizo un explorador conocidísimo.

Al salir del harén del Moulin-Rouge, maravillado del espectáculo, le dijo á un amigo:

— Veinte años he viajado por África; nada hay para mí desconocido de Argel, Marruecos ni Túnez, y nunca sentí tanta añoranza de Oriente como al ver á las hermosas odaliscas del Moulin-Rouge ejecutar sus danzas nacionales...

¡ADELANTE!

Cuando Juan Snobinet se hubo comido las trescientas mil libras reglamentarias que debe comerse todo provinciano que va á calaverear á París, echóse á averiguar en seguida la residencia de cualquier usurero que consintiese en prestarle al ciento por ciento sobre la futura herencia paterna.

Un amigo complaciente indicóle al famoso Gobseck, calle Vide-Gousset.

Y allí se fué Juan sin tardanza.

Llegado á la casa, subió los cinco pisos de un edificio sucio y destartado, transunto de los que pintó Balzac en sus novelas, y se detuvo delante de una puerta maciza, en la cual, sobre una placa de cobre, se leía esta inscripción bastante significativa:

¡Adelante!

Juan Snobinet obedeció la consigna, y encontróse en una antecámara oscura como boca de lobo, en cuyas paredes y colgados de clavos, pendían varios paletós raídos y pantalones con más remiendos que ropa.

El joven registró con la vista todo el aposento procurando ver en sus ángulos tenebrosos, y no divisó á nadie. Tosió, sonóse ruidosamente, golpeó el suelo con el bastón... Nada. Sorprendido en extremo, abrió una puerta y encontróse en un saloncito de blancas paredes que hacía brillar el estuco. El mueblaje era de gusto exquisito, pero la habitación estaba tan vacía de habitantes como la lóbrega antecámara.

Juan Snobinet aguardó un poco por urbanidad; después, perdiendo la paciencia, levantó un tapiz.

Esta vez encontróse en una alcoba, y por fin se ofreció una persona ante su vista. Era la señora Gobseck en persona, la señora Gobseck en carne y hueso, sobre todo en carne, y ¡qué carne!... un deslumbrante montón de nieve amasada con lirios y rosas!..., la

señora Gobseck, en fin, que acababa de salir del baño y se entregaba á un masaje concienzudo.

La hermosa dama, á la vista de un desconocido, lanzó un débil grito de perdiz asustada; pero Juan, sin perder el aplomo, y con aire del que va á su negocio y no está para dibujos, exclamó:

— ¿Tengo el gusto de hablar con el señor Gobseck?

BIBICHE.

¡ELLAS!

El amor de la mujer es arena movediza, en la cual sólo pueden edificarse castillos en el aire.

* * *

Mujer, trágica carne, amarga y exquisita:

Mujer, sublime oprobio y á un tiempo nuestro dios:
Monstruo eres de dulzura y esbelta yegua ardiente
Que á la Quimera excedes en galopar veloz.

Alberto Samain.

* * *

A la mujer no debe golpeársela ni aun con una rosa.

Proverbio indio.



QUINCENA TEATRAL

CARTAS Á MARGARITA

Querida nena: ¡Qué hombre más asombroso es Frégoli! Te digo de verdad que si pensara en casarme, le pediría en matrimonio. Su mujer puede hacerse la ilusión de que tiene no uno, sino innumerables maridos. ¡Y qué distintos todos, y todos qué guapos! Si en la variedad está el gusto (ya sabes que yo entiendo poco de esas cosas), Frégoli debe ser el *desideratum* del placer. Por eso me explico que haya sido acogido en todas partes donde se ha presentado, y en Barcelona particularmente, con éxito extraordinario, sobre todo entre el elemento femenino. Frégoli es un artista original, de talento é iniciativas propias, por lo que fracasan todos sus imitadores. Siento que tu ausencia te haya impedido el saborear su trabajo. Si vienes pronto, quizás llegues á tiempo.

Lo que desde luego podrás presenciar será el debut, en el teatro Principal de Barcelona, de los artistas que forman la compañía del Odeón de París. Promete ser un acontecimiento, que tendrá lugar precisamente en los momentos en que estarás leyendo esta carta. Estos artistas se presentarán con *La Parisienne*, que, como sabes, tanto éxito logró en París, y entre las novedades que nos darán figura la nueva comedia de Edmundo Rostand *Les Romanesques*.

Aparte de esto, poco puedo decirte, porque los teatros de Madrid, descontando *La Barcelola* de Sellés, no han ofrecido nada de particular, y los de Barcelona tampoco se esfuerzan en procurar novedades. Solamente Eldorado con las lindísimas artistas inglesas *Les papillons électriques* ha dado alguna variedad á su cartel, donde continúan las obras del repertorio ya conocidas, alternando con algún que otro estreno, como el de la obrera *Jaque á la Reina*, del distinguido literato Sinesio Delgado, que ha obtenido un buen éxito.

El Tivoli continúa su campaña regionalista, con gran contento de los muchos valencianos que residen en Barcelona y que al presenciar *El Presilari*, *Matasiete espantaocho*, *Avans de la Proseó*, *Las Carceleras* y demás obritas de la ciudad del Turia, se creen transportados á ella, disfrutando de sus flores y de su sol y de su cielo. El cariño á la *tierruca*, como dice Pereda, no se acaba nunca. Yo misma ¡si vieras las veces que recuerdo el pueblecito donde nací!

En la Gran Vía han resucitado el espectáculo *A países desconocidos* que escribió Cerbón el año pasado para su lucimiento propio y figuró en los carteles hasta que acabó la temporada. Como la cosa es entretenida y la música se pega al oído y hay muchas decoraciones, el público se ha aficionado á la obra y la escucha veinte veces seguidas con la misma ilusión que la primera. Ventura de la Vega, que es un buen actor en todas partes, trabaja mucho y bien y se lleva de calle al público de la Gran Vía, que *ha hecho suyo*, como recuerdo que se decía ya por los escenarios cuando yo en ellos figuraba de «merluza subalterna».

Pero si los teatros ofrecen poco de particular, en cambio los cinematógrafos están en todo su apogeo. Si las cosas no varían, á este siglo se le llamará de las huelgas y el cinematógrafo. En cada casa hay uno de estos espectáculos fin de siglo... pasado, compitiendo en actividad para ofrecer las películas de mayor novedad. Aparte de otros más modestos, recuerdo que en Barcelona hay los siguientes cinematógrafos: en la fotografía de Napoleón, donde los jueves especialmente la concurrencia es extraordinaria; en la de Martí, de la Rambla de los Estudios, en que se exhibe una curiosísima película de las recientes

fiestas de Tolón; el eléctrico del Panorama de la Palestina; el del Palacio de la Ilusión; el Ekadsographe de la Plaza de Cataluña; el de la Rambla de Cataluña, titulado de Clavé; el del Salón de Novedades; el... ¡el delirio cinematográfico!... Y todos ellos tienen público y todos ganan. Realmente el espectáculo es bonito y procurando, como lo hacen, dar á conocer las últimas novedades viene á resultar como una ampliación viviente de las noticias que respecto á los asuntos más culminantes han publicado los periódicos.

Excuso decirte que *Electra* continúa su campaña triunfal por toda España, menos por Barcelona. Aquí no la hemos visto todavía. Eso de las exclusivas podrá tener su razón y ser muy productivo para autores, cómicos y galerías; pero al público le fastidian. Ha ocurrido el caso de que en Badalona se ha representado la célebre obra de Galdós y en Barcelona esperamos pacientemente la llegada de... no sé quién, creo que Fuentes, no el torero, el otro, para poder saber de *visu* si es verdad tanta belleza como se atribuye al drama.

Como verás, figura en esta plana el retrato de Nieves Gil, que desde Barcelona ha ido contratada á *Folies*

NIEVES GIL, de Folies Bergères.

Bergères, de París, donde según me he podido enterar por la carta de nuestro corresponsal en la capital aquella, ha obtenido un gran éxito. No está bien que una mujer rompa con la consigna que al nacer nos dan, de que no elogiemos á otra; pero como esta carta ha de ver la luz en París Alegre y vengo por tanto á actuar de revistera, no quiero que se me tache de parcial, y por ello te diré que es muy guapa, muy graciosa y muy sugestiva, por lo cual creo que hará carrera en París, si no se malogra. Empezó en las tablas del Edén Concert y allí todo el mundo la ha aplaudido y celebrado.

Por hoy no tengo más que contarte.

Recibe un beso en la boca de tu mejor amiga

DEMI-VIERGE.

SE PUBLICA
QUINCENALMENTE

PARIS ALEGRE

PRECIO DEL NÚMERO:
20 céntimos

Revista ilustrada con Fotografías del natural

Administración: Librería Francesa, Rambla del Centro, 8 y 10. — Barcelona

SECCION DE ANUNCIOS

Agence exclusive pour la publicité étrangère, Mrs. Gebrian & C^{ie}. — Puertaferri, 18. — Barcelona

Para los anuncios españoles dirigirse á todas las Agencias de publicidad y á esta Administración, Rambla del Centro, 8 y 10, Librería Francesa

ULTIMA PALABRA DE LA CIENCIA. — LO MEJOR PARA EL CABELLO

LOCION VIOLET-QUINA M. CASALS

EXTRACTO VEGETAL

Higiene, Asepsia y Antisepsia de la cabeza

HERMOSEA, conserva y vigoriza el cabello. DETIENE su caída y promueve su crecimiento. IMPIDE la calvicie y canicie prematura

VENTA: V. Ferrer y C.^a, Hijos de Vidal y Ribas, Dr. Andreu, Perfumerías Inglesa, Lafont, Renaud-Germain y en todas las Farmacias, Perfumerías, Droguerías, etc. — FRASCO: 3 pesetas.

DEL MISMO AUTOR: **TYMOL-CASALS**

EL MEJOR DENTÍFRICO Y ANTISÉPTICO. — PREMIO DE PARÍS 1900. UNICO CONCEDIDO

Único representante en la HABANA, José Leonor, Sol, 44.

Premio RENUNCIADO en la Exposición Universal de París de 1900.

CURACION CIERTA DE LAS ENFERMEDADES URINARIAS

SANTALOL SOL

NUEVO MEDICAMENTO MUCHÍSIMO MAS ACTIVO QUE EL SÁNDALO

Depósito: Farmacia Sol, Cortes, 226 (frente Universidad), BARCELONA

¿Quiere V. hacer un buen regalo á su novia?

Compre una caja de

POLVOS IMPERIALES

Son los mejores que existen para conservar la frescura y belleza del cutis. Evitan la formación de arrugas prematuras, y preservan la formación de granos, barros y erupciones de la piel. — PERFUME DELICIOSO. — FINOS Y ADHERENTES 10 reales caja en el Depósito Central: Plaza Pino, 6, farmacia. — BARCELONA Por correo certificado, 14 reales.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK

Purgativos, Depurativos y Antisépticos.



Contra el **ESTREÑIMIENTO**

y sus consecuencias:

JAQUECA, MALESTAR, PESADEZ GÁSTRICA

Sin cambiar sus costumbres ni disminuir la cantidad de alimentos, se toman con las comidas, y despiertan el apetito.

Exíjase el Rótulo adjunto en 4 Colores, impreso sobre las cajas azules metálicas y sobre sus envoltorios.

Toda cajita de cartón u otra clase, no será mas que una falsificación peligrosa

París. Farmacia LEROY, 9, Rue de Cléry y EN TODAS LAS FARMACIAS.

BELLEZA DE LOS PECHOS

CON LAS PILULES ORIENTALES

del Dr. RATIÉ, 5, Pasaje Verdeau, 5, París
Únicas que en 2 meses sin perjudicar la salud, dan al seno la exuberancia y tersura deseadas. Frasco con instrucciones 7 pesetas. Se remiten por correo enviando 7-50 pesetas en libranza ó sellos, á Cebrián y C.^a, Puertaferri, 18, Barcelona.



No más Cabellos blancos!

AGUA SALLÉS

(Progresiva é Instantánea)

El Agua Sallés progresiva devuelve al cabello pardo ó blanco y á la Barba su color primitivo: rubio, castaño, negro; y la instantánea les da color moreno y negro. Tan naturales parecen estas matices que es imposible apercibirse que los cabellos y la Barba son teñidos. Bastan una ó dos aplicaciones sin lavado ni preparación.

El Agua Sallés es absolutamente inofensiva y su eficacia pronta y duradera la hace preferir á todas las tinturas y nuevas preparaciones.

SALLÉS, Perfumista-Químico, 73, Rue Turbigo — PARIS.
VÉNDESE EN TODAS LAS PERFUMERÍAS Y PELUQUERÍAS.

LIBRERÍA FRANCESA
8 y 10, Rambla Centro
BARCELONA

Gran surtido de Tarjetas postales, nacionales y extranjeras.

EN VENTA:
EMILE ZOLA

LE TRAVAIL

Edición francesa..... 4'50 pts.
Franco correo Certificado 5 »

Se admiten sellos de Correo ó Giro Mutuo.

Administración **PARIS ALEGRE**:
8 y 10, Rambla Centro, Barcelona.

CREMA y POLVO CHARMERESSE

HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS.
Se vende en las princip. Barberías, Perfum., Farm. y Bazaros.